

Solo el necio confunde valor y precio.

En 2010, tenía treintaidós y decidí preparar la Prueba de Acceso a la Universidad para Mayores de 25 años. Detrás, una carrera musical de éxito. Enfrente, una crisis económica. Delante, un sueño, una ilusión: ser universitario.

La verdad es que no recuerdo el tiempo que llevaba sin estudiar, doce o trece años, quizá. El caso es que compré unos fluorescentes, un estuche, y dentro del estuche metí algunos bolígrafos y una regla que me encontré en la calle (¡esta!). Reflexioné. “Si apruebo, ¿qué me gustaría estudiar?”. Valoré diferentes opciones: Psicología, Filosofía, Historia... pero me decanté por Filología. ¿Por qué? Porque me encanta leer y escribir. ¿Por qué hispánica? Porque no había tenido la suerte de estudiar a Góngora, Bécquer o Juan Ramón Jiménez. Una vez elegido el camino, en Camas, en un centro público para adultos, recibía clases las tardes de lunes a jueves. Después de más de una década sin estudiar, tenía que superar una nota media de siete con cincuenta y nueve, y, sinceramente, tenía miedo al fracaso. Sin embargo, la idea de conseguir superar los exámenes y con ello vivir la aventura universitaria me llenó de esperanza y de valor. Y sí, la superé, obtuve un ocho con cuatrocientos treinta y cuatro. Y sí, me emocioné mucho.

Unos meses después, no sé si en septiembre u octubre, ingresé en la Facultad de Filología de la Hispalense. Me coloqué en primera fila e imaginé los comentarios de los compañeros de clase:

- *“Illo, cabessa, ¿ese no es er Jase?”*
- (Aparte: en tono de desprecio) *Anda ya, si er Jase es un cani de mierda de Los Pajaritos, cómo va a está aquí... Se le parecerá, si acaso”.*

Lo cierto es que la edad de mis compañeros de clase rondaba los dieciocho años y yo tenía treinta y dos, motivo que no evitó que hiciera amistades. Así, entre los años 2011 y 2015, el tiempo pasaba, horas y horas de estudio, preciado tiempo, dedicado ahora a un propósito más noble, terminar mi grado universitario. No obstante, asignaturas como latín, gramática histórica o sintaxis fueron la menor de mis preocupaciones entonces, pues llegó un momento en el que ya no podía seguir pagando la hipoteca de mi casa y cada año bajaba y bajaba el valor catastral del inmueble y, por tanto, el precio. Detrás, una carrera musical de éxito. Enfrente, una despreciable hipoteca. Delante, exámenes, evasivos exámenes. Y sí, a pesar de los pesares, pude vender la casa, saldar mi deuda con el banco y terminar mi carrera con un sobresaliente ocho con cinco.

Luego, para resumir, hice dos másteres, uno, de investigación, para la Facultad de Geografía e Historia, razón por la que estoy aquí; otro, habilitante, el MAES, para tener la posibilidad de realizar oposiciones para el Cuerpo de Profesores de Secundaria en la materia de Lengua y Literatura. Es más, ahora debería estar estudiando... Pero, os juro, que estar aquí, con esta distinguida audiencia, no tiene precio.

En cualquier caso, además de universitario soy raperero y flamenco. Y de Los Pajaritos. Si ya tan solo con decir que soy raperero podría evocar la imagen de un artista que se limita a escribir rimas simplonas, en muchas ocasiones, ripiosas, qué decir si además soy flamenco. Apartando del contexto la flamencología académica, si, además, la parte flamenca de mi obra pone voz a los marginados de la sociedad, a los, por diversas circunstancias, olvidados, alejados por problemas económicos y socioculturales de la Escuela, ¿podría ser la universidad mi sitio? Pero, si, además, me he criado en un barrio, que durante dos años consecutivos ha sido señalado por el Instituto Nacional de Estadística como el más pobre de España, que está viviendo un proceso de guetificación imparable, entonces, ¿podría ser la universidad mi sitio? Piensen por un momento que solamente el 2% de los habitantes de mi barrio logran terminar un grado universitario. Somos pocos, lo sé, pero somos grandes, enormes, y, aun así, afirmo que la universidad es mi sitio, el mío y el de todos los ciudadanos que, pues existen mecanismos que lo posibilitan, tengan la determinación de estudiar, vengan del barrio que vengan, del pueblo que vengan, de la ciudad o del país que vengan, porque la universidad ni distingue ideologías ni creencias ni clases sociales ni acentos ni nunca habrá de hacerlo por ser, como es, el templo de la sabiduría y del conocimiento. Ahora bien, respetable institución académica, por favor, proporcione más posibilidades a los jóvenes sin recursos de pertenecer a esta noble familia, a esos jóvenes esforzados que ponen su esperanza de medro social en los estudios. Ellos, nosotros, yo, también somos Universidad.

Ciertamente, este es uno de los mejores días de mi vida. En primer lugar, es para mí un privilegio pronunciar unas palabras en tan solemne acto, ya que, estoy completamente seguro, de que, cualquiera de mis compañeros estudiantes de máster, me superan en talento. Os felicito, compañeros. Os felicito y deseo que todos podáis conseguir vuestros objetivos en el futuro. Vuestros familiares, vuestra universidad y yo, estamos orgullosísimos de vuestra determinación y de vuestro esfuerzo, virtudes que os han traído a este acto al que solo los más distinguidos estudiantes tienen acceso. No obstante, esto no ha de servir de alimento para el ego, sino más bien debiera evocar la alta responsabilidad de saberse ejemplo para el resto de estudiantes y, en extensión, para toda la comunidad académica y, con ello, para la sociedad entera. En segundo lugar, me siento satisfecho y agradecido con la preceptura de algunos profesores de esta ilustre Institución. Gracias, Isabel Román, por tu cariño maternal; gracias, Mercedes Comellas, por tu pasión; gracias, Juan Montero, por tu sabiduría; gracias, Teresa López Soto, por ayudarme *in extremis* cuando más lo necesitaba; gracias, José Manuel Camacho, por tu elocuencia y humildad, ejemplo del maestro campechano. En tercer lugar, me siento

bendecido porque desde santo sepulcro quiero creer que me escucha Gustavo Adolfo Bécquer. Y, siendo yo de tan humilde ralea, sintiendo que no soy más que un Lazarillo del siglo XXI, tan insignificante plumilla, solo se me ocurre decirle “gracias, gracias don Gustavo por su valiosa poesía”. En cuarto lugar, y termino, me siento orgulloso, henchido de honor y honra, por tan valerosa hazaña, pues como don Quijote en su “Discurso de las Armas y de las Letras”, no llegando yo ni siquiera a hidalgo, he tenido que ser hombre de armas y hombre de letras. De armas, ya que en la calle he tenido que defenderme, con valor, de los ataques de enemigos tan fieros como la ignorancia, la violencia y el estigma, saliendo vencedor sin menoscabo. De letras, pues pertenezco a la Academia y, sin embargo, también aquí he tenido que demostrar que la ignorancia, la violencia y el estigma, que, en ocasiones, pudieron ser causa de burla o menosprecio, se diluyeron, pues los estudios dignifican y enaltecen las almas. Por eso siempre digo que estudié en dos universidades, en la de la Calle y en la de la Academia, en la de las Armas y en la de las Letras.

Por último, Excelentísimo Ayuntamiento, amantísima Universidad de Sevilla, familiares, compañeros estudiantes, queridos Salvador y Mari Paz, querido hermano Raúl, amada mujer, hijo mío, os ruego a todos y a todas, que, además de conocimientos, adquieran valores para propagarlos, salgan hoy con la cabeza alta celebrando sus logros y los de vuestros seres amados, sientan el orgullo de ser ejemplo y mantengan el corazón recio, porque, por favor, no lo olviden:

Solo el necio confunde valor y precio.

Muchas gracias.

Sergio López Sanz “Haze”.